

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es darnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

TEXTO

LUCAS 17,11-37

«¹¹Y sucedió que, al caminar hacia Jerusalén, **él** iba por Samaria y Galilea.

¹²Y, al entrar en cierta aldea, **diez leprosos** vinieron a su encuentro, se pararon a distancia ¹³y elevaron la voz diciendo: “**Jesús, Jefe, ten misericordia** de nosotros”.

¹⁴Y, viendo, les dijo: “Yendo, presentaos en persona a los sacerdotes”.

Y sucedió que, al ir, **fueron purificados**.

¹⁵Pero **uno de ellos**, viendo que había sido curado, **volvió glorificando a Dios** en voz alta. ¹⁶Y **se postró** rostro en tierra a sus pies, **dándole gracias**.

Y él era **samaritano**.

¹⁷Pero **Jesús**, respondiendo, dijo: “¿No **fueron purificados** los diez? Pero los otros nueve ¿dónde [están]? ¹⁸¿No ha habido quien **volviera para dar gloria a Dios** sino **este extranjero**?”.

¹⁹Y le dijo: “Levántate, vete. **Tu fe te ha salvado**”.

²⁰ Pero, habiendo sido preguntado por **los fariseos** sobre **cuándo** viene **el reino de Dios**, les respondió y dijo: “**El reino de Dios** no viene con aparatosidad; ²¹ni dirán: ‘Vedlo, [está] aquí o allí’. Porque he aquí que **el reino de Dios** ya está entre vosotros”.

²²Pero dijo a **sus discípulos**: “Vendrán días en los que desearéis ver uno solo de los días del **Hijo del hombre**, y no lo veréis. ²³Y os dirán: ‘Vedlo, [está] aquí o allí’. ¡No vayáis, ni lo persigáis! ²⁴Porque como el relámpago fulgurante que brilla de un extremo al otro del cielo, así será **el Hijo del hombre** en su día.

²⁵Pero **es necesario primero** sufrir mucho y ser rechazado por esta generación.

²⁶Y como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del **Hijo del hombre**: ²⁷comían, bebían, tomaban mujer o marido hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el cataclismo [diluvio] y **perecieron todos**.

²⁸Y lo mismo como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; ²⁹pero el día en que Lot salió de Sodoma llovió fuego y azufre del cielo y **perecieron todos**.

³⁰Así será el día en el que será revelado **el Hijo del hombre**. ³¹En aquel día el que esté sobre el tejado y tenga sus enseres en la casa, que no descienda para tomarlos, y el que esté en el campo, que no vuelva hacia atrás.

³²Acordaos de la mujer de Lot.

³³El que busque **ganar su vida** la perderá, pero el que la pierda **la conservará**.

³⁴Os digo: aquella noche estarán dos en un mismo lecho; uno **será llevado** y el otro **será dejado**. ³⁵Dos estarán juntas moliendo en el mismo lugar; una **será llevada** y la otra **será dejada**”.

³⁷Y, respondiendo, le dicen: “¿Dónde, **Señor**?”.

Pero **él** les dijo: “Donde [está] el cuerpo, allí también serán reunidas las águilas”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (17,11-19)

- Vv. 11-13: Lucas recuerda aquí la itinerancia de Jesús y el sentido de su camino hacia la ciudad santa. Menciona Samaria antes que Galilea, cuando el viajero abandona primero esta última y luego atraviesa Samaria antes de llegar a Judea. Es posible que Lucas no tuviera un conocimiento preciso de la geografía de Palestina. Pero Samaria va al principio porque a continuación se va a hablar de un samaritano. Los leprosos se paran a la distancia exigida por los sanos, pero tienen la posibilidad de interpelar a Jesús en el instante en el que va a entrar en una aldea. El texto utiliza el *vocabulario del encuentro* incluso aunque, a diferencia de 5,13, Jesús no toca a los leprosos. El verbo *apantao* significa «avanzar para encontrar a alguien», «ir al encuentro de», «encontrar» de manera amistosa, «enfrentarse» al enemigo en una batalla o «comparecer» ante la justicia. En tiempos de Lucas el sustantivo *apántesis*, «encuentro», había adquirido un sentido técnico: designaba el encuentro con Cristo resucitado en el momento de la parusía (cf. 1Ts 4,17; Mt 25,6). El lector cristiano se imagina enseguida que el encuentro será beneficioso para los leprosos. Que sean diez se debe a la manera popular de narrar, como en la parábola de las vírgenes prudentes y las necias (Mt 25,1); es un modo de decir que eran numerosos. Los diez enfermos invocan a Jesús como a un personaje divino. Le otorgan un título honorífico que Lucas aprecia: «maestro», «patrón», «jefe» (el que posee el poder, más que el saber). Cada vez que un discípulo se dirige a Jesús recurriendo a este título, muestra una fe desfalleciente o una comprensión limitada. En la continuación del relato y con una sola excepción los leprosos pondrán en evidencia los límites de una confianza inicial de buena ley.
- V. 14: La mirada de Jesús («al verlos»), como la de Dios, se caracteriza por la compasión. Las palabras que la acompañan parecen enigmáticas a los lectores modernos. La lepra era considerada en Israel una impureza, y el sacerdote que la diagnosticaba ordenaba que se apartara al enfermo. Un ritual semejante al de los funerales señalaba la partida del leproso de la comunidad de los sanos. En caso de curación, la ley de Moisés preconizaba otro ritual. Al cumplimentarlo, el leproso era declarado puro tras su curación y reintegrado a la familia. Jesús invita a los diez leprosos a tal diagnóstico. Confirmando así su confianza inicial, les insta a creer en su curación desde ese momento y a presentarse a los sacerdotes. Al enviarlos antes de estar curados, Jesús prueba la fe en su poder. Durante el camino hacia los sacerdotes quedaron curados milagrosamente; dicho en términos bíblicos, «fueron purificados». Su fe los había curado. La segunda parte del relato (vv. 15-19) va a mostrar que si esta fe los ha «purificado», no ha sido suficiente para «salvarlos». En efecto, solo el leproso samaritano sentirá que en sus oídos resuena la célebre fórmula de Jesús: «Tu fe te ha salvado» (v. 19). Esta segunda parte es el apogeo del relato e invita a descubrir en el centro del episodio narrativo que si la fe no va acompañada de la gratitud, no es verdadera fe. Continúa ligada al milagro, y no se eleva hasta la salvación.
- V. 15: El contraste es visual: diez habían suplicado y obtenido satisfacción; uno solo de entre ellos reacciona positivamente. En primer lugar ve, es decir, constata que está curado. Esta toma de conciencia por medio de la vista es una respuesta a la mirada de Jesús, el cual a su vez respondía a la llamada de los leprosos. Hay reconocimiento afectuoso en este «al verlo» (v. 15), en esa mirada del samaritano, que agradece a Jesús que le haya visto también (lit. «habiendo visto», «al verlos», v. 14). Lo que en el Levítico es denominado una purificación («purificar», vv. 14 y 17) el evangelio de Lucas lo llama, a la manera de los griegos, una curación («curar», v. 15). Sin dudas ni tardanzas -es decir, sin presentarse primero a los sacerdotes-, el leproso curado vuelve a Jesús. El leproso sanado vuelve sobre sus pasos. Pero este verbo *volver*, vinculado a la alegría y a la alabanza, sugiere también una realidad espiritual: el leproso interioriza su curación, intensifica su confianza inicial, profundiza su fe y culmina su conversión. Antes de reencontrar a Jesús, el leproso alaba a Dios con todo su corazón. El relato se mantiene hábilmente en una atmósfera bíblica. El lamento individual de los Salmos desemboca a menudo en una acción de gracias destinada al Dios de Israel. La grandeza del sentimiento exige además que sea en alta voz.
- V. 16: El relato, que comenzó por una apelación dirigida a Jesús, trae al leproso curado hacia el maestro taumaturgo. Esta perspectiva no es solamente bíblica; es también y sobre todo cristiana: la fe inicial imploraba ya a Jesús; la fe madura del samaritano se dirige de nuevo a él. La veneración para con este último está señalada en el texto con precisión y amplitud: «caer rostro a tierra, a sus pies» (v. 16). Ciertamente, no se trata aún de

una verdadera adoración («prosternarse», referido a Jesús, solo se utiliza después de la resurrección, 24, 52). El leproso curado es samaritano. Por medio de este inciso señala que la misericordia de Dios en Jesucristo rompe las barreras religiosas y cuestiona toda definición particularista de la elección de Israel. El evangelio está destinado al mundo entero: parte de Jerusalén, pasa por Samaria y se irradia hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8; 8,1; 9,31).

- Vv. 17-18: Las preguntas retóricas atribuidas a Jesús, lejos de dirigirse al samaritano para felicitarlo, se orientan a todos los oyentes y lectores, formulando un nuevo diagnóstico, no ya el de la lepra sino el de la fe que se estanca. Las dos primeras describen la misma triste realidad: de diez beneficiarios nueve se han eclipsado sin que brille su acción de gracias. La tercera pregunta repite al principio la misma verdad: nadie vuelve sobre sus pasos y da gloria a Dios; pero luego se prolonga con el añadido de un elemento suplementario: sin embargo, uno solo se ha tomado la molestia de expresar su gratitud, y era un extranjero. Esta tercera pregunta (v. 18) refleja una preocupación: mostrar la receptividad de los samaritanos, considerados como extranjeros. En Hechos Lucas acentúa la cuestión y desarrolla ostensiblemente la tesis del ofrecimiento divino a todas las naciones.
- V. 19: Lucas se preocupa de que el relato no se acabe sin una frase personal de Jesús a ese samaritano. Por esta razón Lucas añade una última réplica, el v. 19, recurriendo a una fórmula que subraya la relación entre fe y milagro, así como la realidad más que física ofrecida por Jesús al que ha curado. Es la fe, es decir, la confianza en el poder divino de Jesús, la que más allá de la curación física ha salvado al samaritano. Además, Jesús invita al leproso a levantarse e irse, unos pasos que se inspirarán en los del Maestro (inclusión del v. 19 y del v. 11 con el verbo).

SEGUNDA UNIDAD (17,20-37)

- Las categorías de espacio y tiempo dominan estos versículos y forman su armazón. El texto ofrece una solución -cuya lógica permanece en parte enigmática- al problema de la relación del presente humano y el futuro divino, del espacio creado y el espacio esperado. La diferencia entre uno y otro, entre los unos y los otros, no es solo una cuestión de distancia o de duración, pues estas categorías se entremezclan. El Hijo del hombre tiene sus días y su día; vendrá y ya ha venido. «Vosotros» tenéis que obrar con lucidez, considerando los ejemplos pasados de la Escritura y la enseñanza presente de Jesús. Haciéndolo así, superaréis vuestras decepciones, evitaréis los engaños y, finalmente, salvaréis vuestras vidas.
Lucas sitúa aquí su primer discurso apocalíptico entre un relato de milagro (los diez leprosos, 17,12-19) y una parábola (la viuda y el juez inicuo, 18,1-8). De hecho los vv. 20-37 están constituidos por tres unidades de desigual extensión: una respuesta de Jesús a los fariseos (vv. 20-21), seguida de una profecía para los discípulos (vv. 22-35) y de una última frase en respuesta a una pregunta de los discípulos (v. 37).
- Vv. 20-21: *La presencia del reino de Dios*. Cuando los fariseos de Lucas interrogan a Jesús, ¿le están espiando o le tienden una trampa? La imagen que Lucas presenta de estos personajes en 15,2; 16,14 y 18,9-14 es negativa. Sin embargo, el contexto no basta para considerar su pregunta como un interrogatorio o una trampa. El verbo significa aquí «consultar» más que «interrogar». Jesús va a rectificar los conocimientos de los fariseos y no a hacer fracasar su malicia.
La fe judía, siguiendo los salmos reales, atestigua la realeza presente pero celeste de Dios. Lo que Israel espera es *la realización terrestre* de este poder. De ahí la impaciencia, la confianza o la decepción. Al plantear la cuestión del momento del fin, los fariseos preguntan por la manifestación escatológica terrestre del poder real de Dios. La cuestión del momento final es indisoluble de la del conocimiento de esta fecha y de la del conocimiento de los medios para conocerla. Jesús responde que los medios externos de conocimiento, por ejemplo la observación de los astros y otros signos visibles, son inútiles. El vocablo «observación» (única vez que sale en el NT = *hapax*), pertenece a la lengua de las personas cultivadas y eruditas; puede aplicarse al arte de los astrónomos, a las observaciones necesarias para la determinación de un calendario religioso y a los cálculos esotéricos de los astrólogos. Con este término atribuido a Jesús, Lucas se refiere a todo examen de signos exteriores, a toda especulación apocalíptica, fuera judía, cristiana, griega o romana. Lucas, como Pablo (1Ts 5,1-2) o Marcos (13,32), estima que nadie puede conocer el momento del fin, el de la parusía del Hijo del hombre o la llegada del reino de Dios, y que nadie debe saber ni debe intentar conocer ese tiempo (Hch 1,7: «No os toca conocer el tiempo y el momento que el Padre ha fijado con su propia autoridad»). Hay cosas mejores que hacer:

vivir vigilantes como cristianos, proclamando el evangelio hasta los confines de la tierra con la esperanza de un Reino que vendrá de improviso.

«Vedlo, está aquí o allá» no tiene un sentido evidente: o bien, nadie podrá decir que está aquí o allá, pues el reino de Dios no ofrece ningún signo previo; o bien, no hay que decir que está aquí o allá, pues ha llegado ya (de manera imperceptible). Viene entonces la frase decisiva: «pues he aquí que el reino de Dios ya está entre vosotros». La traducción de esta sentencia es incierta, pero ello se debe menos a la intención del autor, a quien le gustan los enigmas, que a nuestra incapacidad para traducir el *entós* con certeza. Tres traducciones diferentes se han propuesto para esta preposición: «en el interior de», «entre», y «a disposición de». El sentido más corriente es «en el interior de», y conviene bien a este pasaje, ya que el texto opone el exterior al interior, lo visible a lo imperceptible. Se puede objetar a esta traducción que sería muy curioso que Lucas afirmara la presencia del reino de Dios ¡en el interior del corazón de los fariseos! Cuando *entós* se construye con un sustantivo o pronombre en genitivo del plural que designa a personas, resulta ambiguo: «en el interior de vosotros» como suma de individualidades (es decir, en «el interior de cada uno de vosotros»), o en «el interior de vosotros» en tanto que grupo (así pues, «en medio de vosotros», «entre vosotros»). Esta última traducción es la preferida. Se ha propuesto una tercera traducción que haría justicia al interés lucano por la ética y la conversión: «a vuestra disposición», «en vuestras manos», «en vuestro ámbito o dominio».

Parece, pues, que Lc 17,21 desea apartar la atención de cálculos apocalípticos, expresión de dudas y de desconfianza, para orientarlos hacia una presencia divina en medio de su pueblo, presencia que exige la fe para ser real. Se puede poner a Lc 17,21 en relación con Rm 10,5-13, donde se dice que la palabra de Dios, la presencia de Cristo y la justicia de la fe no están lejos de nosotros, sino en nuestros labios y corazones. La venida del reino de Dios hasta nosotros se ha producido en Jesús (cf. 11,20), y se cumple también hoy día en la predicación apostólica (cf. 10,9). Así pues, el reino de Dios no es solo una categoría apocalíptica. Este y su venida deben distinguirse del Hijo del hombre y de su venida, de la que hablarán los vv. 22-37. Las dos realidades están vinculadas, ciertamente, pero existe una tensión entre ellas, entre el envío del Hijo y su parusía última, entre la discreta presencia del Reino desde ahora y su poderosa manifestación al fin de los tiempos.

- *A la espera del Hijo del hombre*: Los vv. 22-24 forman un pequeño bloque que recuerda con razón los vv. 20-21. El cambio de auditorio no señala más que un ligero respiro. Los discípulos aspirarán a vivir un día escatológico, como los fariseos desearon conocer la venida del reino de Dios. También habrá falsos rumores entre los cristianos, al igual que circularon entre los judíos. La verdad es que el Hijo del hombre vendrá en la efervescencia ilimitada de un relámpago deslumbrante, como el reino de Dios que está ya en ese espacio limitado que es el vuestro. Lucas intenta articular la categoría del Reino, vinculada con el ámbito del presente, con la categoría del Hijo del hombre, vinculada con el del futuro. Lucas contrapone el plural («vendrán días») al singular («uno solo de los días»); la duración, al instante. Lucas corta las alas a las veleidades entusiastas: no hay que dar crédito a los falsos profetas que anuncian la venida y la presencia del Hijo del hombre. El riesgo que aquí se intenta evitar era lo suficientemente importante en el cristianismo primitivo como para que el Evangelio de Marcos prevenga contra él (13,21-23). Con la imagen del relámpago se señala muy bien la universalidad y la visibilidad de la venida postrera del Hijo del hombre. Aunque no hay signos precursores, aunque la vigilancia y la perseverancia sean exigibles a los cristianos en este periodo de no visión (v. 22) -y por tanto de fe-, no habrá lugar para la duda en el instante final: la evidencia será irrecusable. La imagen del relámpago podría remontar a Jesús mismo, aunque este no hablara ciertamente de sí mismo, sino de la venida del juez escatológico, de Dios en persona semejante a la faz de un ser humano, de un hijo de hombre. Después de Pascua, se impuso la identificación de Jesús con el Hijo del hombre. Ya para Lucas no hay ninguna duda de ella.
- *V. 25: Primero, la pasión*. El evangelista intenta una vez más evitar las impacencias y los fervores apocalípticos: no habrá parusía sin crucifixión, no habrá futuro sin pasado, ni gloria sin humildad. La formulación y el contenido del v. 25 se inspiran en otros anuncios lucanos de la pasión.
- *Vv. 26-30: Dos ejemplos*. Lucas distingue y articula diversos periodos de la historia sagrada. En el v. 22 menciona los días venideros de la Iglesia y los días pasados y futuros del Hijo del hombre; en el v. 24, el día preciso de la parusía; en el v. 25 es el turno de la generación de Cristo: aquí menciona el evangelista la época de Noé, luego la de Lot, con las que compara el periodo escatológico del Hijo del hombre. Esta periodización facilita la comprensión de la realidad, cuyo alcance es existencial, religioso y moral. El v. 26 propone simplemente una comparación con el tiempo de Noé, mientras que el v. 27 menciona lo que en ese pasado tiene valor de ejemplo

para el porvenir. Sin embargo no se deduce todavía una lección explícita, que se deja a la actividad imaginativa y lógica del lector. No se formula ningún juicio de valor: solamente se señala el fin brusco y catastrófico de un periodo de actividades aparentemente normales. No hay connotación afectiva alguna de la actitud humana ni tampoco de la decisión divina. Al carácter imprevisto de la parusía se añade la condenación legítima de los impíos. Como la retórica griega, Lucas gusta de las series de ejemplos: vincula a los contemporáneos de Lot con la generación de Noé. Si el tema de la alimentación es común a los dos ejemplos, el de la vida conyugal marca el primero, el tiempo de Noé (vv. 26-27). En el segundo, el de la generación de Lot, se subraya la vida económica: el comercio, la agricultura, la construcción. Estas últimas actividades no tienen nada de reprobables en sí mismas. Pero practicadas indignamente, como en el caso de Sodoma y Gomorra, están en la raíz de los excesos que caen bajo el golpe del juicio divino. Al diluvio sucede la lluvia de fuego y azufre (v. 29). El resultado fue idéntico: «y los hizo perecer a todos» (vv. 27 y 29). La historia de la salvación tiene sus lados sombríos.

El v. 30 explicita la comparación como lo había hecho el v. 26, y en términos análogos. El bucle se cierra: el «lo mismo sucederá» (v. 30) repite el «como pasó» (v. 26); el «será» (v. 30) es la repetición de «así será» (v. 26), etc. El v. 30 tiene sin embargo dos particularidades. Mientras que el 26 evocaba un periodo («en los días del Hijo del hombre»), el v. 30 se concentra en un instante: «el día en el que el Hijo del hombre...». Lucas considera aquí el instante de la parusía, al igual que los ejemplos anteriores resaltaban el momento preciso de la catástrofe. El evangelista manifiesta un contraste entre *la duración y el instante*: la duración es la de la responsabilidad humana; el instante, el de la sanción divina. Para Lucas la vida personal parece estar compuesta de «días» que hay que vivir en la fidelidad a Dios, y del «día» en el que esta fidelidad (o infidelidad) encuentra su recompensa (o su sanción). La otra particularidad del v. 30 es la aparición del verbo «revelar», «manifestar». Lo que Lucas espera es una manifestación final de Cristo Jesús con los rasgos del Hijo del hombre. Puesto que la última venida del Hijo del hombre será brusca y luminosa, puede ser denominada con toda justicia un «desvelamiento», una «revelación», un «apocalipsis».

- Vv. 31-32: *El día «x»*. Que las gentes estén en el tejado o, mejor, en la azotea, tiene que ver quizás con la angustia que les oprime. Al presentir algún peligro, suben para echar una ojeada a lo que puede avecinarse, o simplemente están ocupados en alguna tarea como secar plantas o frutos. En cualquier caso los campesinos de la frase siguiente están todos ocupados en su labor. Lucas señala aquí la realidad de los bienes hacia la que todos se sienten tentados de retornar («las cosas», «lo que»). El lector recuerda entonces la triple renuncia exigida al discípulo atento (9,57-62). En el tercer ejemplo, en forma de amenaza, Jesús había declarado que todo obrero que trabaja en el campo y «mira hacia atrás» es indigno del reino de Dios. La categoría «lo que está detrás» no es más que una manera de hablar: define de modo muy concreto los bienes terrestres que pueden ser preferidos a los escatológicos, la vida anterior a la que es preciso renunciar para obtener la vida con Dios. Al escribir las palabras «no se vuelva hacia atrás», Lucas contempla, más allá de la imagen, el mundo real al que ha renunciado como cristiano.

Lucas explicita con razón la amenaza del v. 32. El evangelista empalma con la historia de Lot para evocar un episodio dramático y, en consecuencia, *ejemplar*. Al haber querido darse la vuelta, precisamente por su interés en los bienes que ha dejado atrás, la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal.

- V. 33: *¿Cómo vivir?* Lucas inserta aquí una sentencia de la Fuente de los dichos (Q). Critica en primer lugar el esfuerzo por ganar la vida, que se apoya sobre la capitalización de los bienes terrestres a menudo denostados; a continuación recuerda el único medio de ser engendrado para la vida verdadera: por el don de sí mismo, por la pérdida de sí mismo. Lucas sabe expresar la salvación en términos de vida, de vida nueva y verdadera. La enseñanza de Jesús, a la que es fiel Lucas, no es doctrinal sino práctica: asunto de experiencia más que de conocimiento. Formalmente, la frase es una paradoja que expresa una evidencia: despojándose de lo que es su vida, el creyente encuentra la auténtica vida.
- Vv. 34-35: *La noche de la elección*. La frase «Os digo» señala el origen distinto e independiente de los vv. 34-35; desde una perspectiva literaria expresa la convicción del narrador y su preocupación por convencer. Las palabras «aquella noche» sorprenden: hasta aquí ha sido cuestión de «día» o de «días». En el v. 31 Lucas menciona «aquel día». El último día estará hecho de una oscuridad final que será desgarrada por la súbita luz del Hijo del hombre. Lucas acaba de señalar que la irrupción del Hijo del hombre se asemejará a un relámpago que hiende el cielo, que se presupone oscuro. El evangelista insiste en este discurso sobre el carácter impredecible del final de los tiempos y, por otra parte, en el retraso de la parusía. Esta será como una última noche y un último día.

Más que el momento lo que importa es el evento; Lucas ofrece dos ejemplos: el del lecho y el de la molienda. Dos hombres comparten el mismo lecho. Lucas no piensa en amantes según el amor griego. Piensa en esos hogares modestos en los que varios miembros de la familia comparten el mismo lecho. El lector recordará la parábola del amigo inoportuno, en la que el padre dice que él y sus hijos están «en la cama», en el mismo lecho familiar. En este ejemplo, como en el siguiente, le interesa al evangelista mencionar la proximidad más intensa: habla de un solo lecho; precisará que las mujeres muelen «en el mismo lugar» (v. 35). Allí donde la unidad familiar es mayor, allí donde la cohesión profesional es más visible, surge la división: para Lucas la irrupción del Hijo del hombre rompe los símbolos más manifiestos de unidad, comunión y colaboración.

«Llevar» y «dejar» tienen aquí una coloración apocalíptica. Hay paralelos que señalan que al final de los tiempos los ángeles se «llevarán» a los elegidos para conducirlos a su morada de paz, y «dejarán» a los condenados abandonándolos así a sus castigos. ¿Por qué decir esto aquí? Para señalar la dureza inexorable del final (existen situaciones *contra* las que nada se puede hacer); para recordar que la parusía coincidirá con el juicio final (la imagen de la elección está muy extendida, como lo confirma la alegoría mateana de las ovejas situadas a la derecha del rey y los cabritos a su izquierda, Mt 25,32-33); y, finalmente, para incitar a los lectores a tomar las disposiciones existenciales y estar así en el lado bueno en el momento decisivo de la parusía. Estos «justos», estos «elegidos» no se distinguen de otros en este tiempo. Como los otros, se sentirán sorprendidos cuando llegue el Hijo del hombre.

El v. 36 ha sido relegado del texto, y con toda razón. Se trata de una contaminación del evangelio de Lucas por parte del de Mateo: copistas antiguos han insertado en este lugar el primer ejemplo de Mateo, el de los dos hombres en el campo (Mt 24,40), que les faltaba en el texto de Lucas. Muchas traducciones modernas mantienen el v. 36 en su texto bíblico.

- **V. 37: Las águilas en torno a los cuerpos.** Lucas hereda una sentencia enigmática. Como es sabido, «cuerpo» significa en origen el «cuerpo muerto», el «cadáver». El vocablo *aetós* designa al «águila», no al buitre. Ahora bien, cuando se trata de cadáveres se piensa en buitres, no en águilas. Ciertamente, se han señalado excepciones en los dos sentidos: águilas hambrientas que se precipitan sobre la carroña y buitres necesitados que atacan presas vivas. Ante todo, los antiguos creían que las águilas comían también animales muertos; y los buitres, presas vivas. Lv 11,13-19 y Dt 14,13-18 ofrecen una lista de aves impuras, la mayoría rapaces: el águila y el buitre figuran a la cabeza en las dos listas. La imagen del águila que cae en picado sobre su presa es utilizada por el profeta Habacuc para describir la invasión fulgurante de los caldeos (1,8) y por el autor del libro de Job para evocar la rapidez con la que pasan los días (9,26). El mismo libro de Job presenta el ejemplo del águila que se eleva a las alturas, coloca allí su nido, espía desde allí a su presa y deja a sus polluelos beber su sangre. El autor añade como conclusión: «Donde hay muertos, allí está ella» (39,30). La frase final del texto debe hacer alusión a este pasaje de la Escritura.

La imagen del cadáver debió de extrañar a Lucas quien sustituye «cadáver» por «cuerpo», vivo o muerto, cuya aplicación a Cristo puede aceptar. Lucas arranca la frase de su contexto y pone la pregunta del «¿dónde?» en labios de los discípulos de Jesús. En su pluma, la frase de las águilas adquiere un relieve nuevo: angustiarse a propósito de la localización de los eventos finales es tan absurdo como fatigarse en calcular su cronología. La llegada del Hijo del hombre, tan impredecible como súbita, será evidente como un relámpago y atraerá las miradas tan deprisa como las rapaces se sienten atraídas por su presa. El pasivo «serán reunidos» indica que al final de los tiempos los creyentes serán atraídos por el Hijo del hombre en persona, pero serán reunidos en torno suyo por los ángeles, puesto que no lo podrán hacer por sus propias fuerzas.

Paso 1 **Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?